

— *Al doctor Pérez, ese forastero que tiene automóvil, se le está muriendo la mujer* — alguien decía.

La noticia volaba entre los campesinos. La gente pobre pasábala en torno de la casa, a la espera de que la desdichada física muriera. Eran los cuervos.

— *¿No ha muerto aún?* — inquiría una vieja.

— *Todavía no* — le replicaba otra comadre.

— *Hace tres días que espero. Vivo tan lejos! Ojalá se muera esta noche. Mis chicos necesitan cobijas.*

Al fin, la dama se moría. Entonces, era de ver la turba de hombres y mujeres que se arrojaban sobre las piltrafas lujosas de la extinta; hocceando como cerdos en todos los baúles; revolviendo esos escombros de la muerte como perros que sacian su apetito en la resaca que el mar tira sobre las costas después de los naufragios.

— *A mí* — decía una campesina — *me dieron un traje de terciopelo. Es riquísimo...*

— *Yo* — agregaba otra — *pedia las enaguas y las camisas. Me las dieron... ;Qué contentas se pondrán mis hijas!... Tienen que ir a un baile. ¡Es ropa fina! Aún conserva el perfume de la finadita. ¡Dios la tenga en su gloria!*

---

El pueblo de Monte-Verde comenzó a preocuparse. Moría mucha gente. Era una racha que no sólo volteaba forasteros. Ahora se morían hasta la misma gente del pueblo... Una sola palabra que, como un rayo circuló entre los antiguos moradores nativos, me evitará el trabajo de las explicaciones:

— *¡El contagio!*

— *¡El contagio de la tuberculosis!*

Cuando los campesinos se dieron cuenta de que el flagelo corría de casa en casa, ya era tarde. La gente, antes robusta y de buena salud, comenzó a enflaquecer. La raza de los titán-

